

¿A qué vino el Papa?

Por Jaime Guzmán

Al aproximarse el término de 1987, resulta fácil concordar en que el hito nacional más relevante fue la visita del Papa a Chile.



Rememorando esos días inolvidables, en que la figura santa de Juan Pablo II removi6 millones de conciencias y cautiv6 incontables corazones, estimo especialmente oportuno reflexionar sobre el sentido más profundo de ese acontecimiento.

¿A qué vino a Chile el Santo Padre?

Lo dijo él mismo, en cada una de sus intervenciones. Lo corroboró con el testimonio humilde del que subordina todo su propio atractivo y liderazgo a Alguien superior, del cual es sólo un vicario. Juan Pablo II vino a confirmarnos en nuestra fe en Cristo, evangelizándonos pastoralmente con Su mensaje.

Cabe preguntarse, sin embargo, quién es Cristo. Interrogante es ésta que cobra especial importancia y urgencia cuando cunde la tentación de circunscribirlo a una persona dotada de cualidades sublimes, pero puramente humanas.

Cristo es Dios. Se trata de la segunda persona de la Santísima Trinidad, que asumió la naturaleza humana. Es el enviado de Dios Padre. Pero no como lo podría ser un santón oriental, un profeta o un líder religioso. No. Cristo es a la vez verdadero Dios y verdadero hombre. Repitamos, entonces, que Cristo es Dios.

He ahí la cuestión capital. El núcleo de la fe

cristiana consiste en cambiarnos el sentido de lo real. Si ello no ocurre, no estamos aún viviendo la fe en Cristo.

Los ojos de la razón humana

sólo aceptan lo que ésta puede demostrar. Por el contrario, los ojos de la fe conllevan el don divino de ver una realidad superracional, asumiéndola como tal. No al modo de los mitos, las magias o los vagos deseos de difusas eternidades, sino de una manera que efectivamente modifique nuestro sentido de lo real.

Ello lleva a San Pablo a decir que "si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe" (1 Cor. 15, 17). Y añade: "Pero no, Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicia de los que duermen" (1 Cor. 15, 20).

Es ese Cristo realmente resucitado el que está -también real y no simbólicamente- presente en la Eucaristía. Es tan real -e incomparablemente superior- la gloria de la vida eterna que nos espera después de la muerte, como nuestra actual existencia temporal a la cual tanto solemos aferrarnos. Misterios de fe, sin duda.

Pero adorándolos en el espíritu de Navidad, recibiremos crecientemente los frutos maravillosos de procurar enfrentar nuestra vida cada día más conforme a los valores de Cristo, antítesis de los seudovalores del mundo que idolatra las riquezas, los placeres y el poder, como fuente de un status que -ése sí- se pudre en los sepulcros. Cristo, en cambio, nos trae la resurrección y la vida verdadera y eterna.